



deria. Los cartagineses entendian, que con aquello, sin persona sentirlo, tendrian mejor aparejo que nunca para venir en España poderosamente. Y así mandaron á su capitán Amílcar que juntase provisiones y bastimentos el año siguiente, cuantos bastasen á veinte mil peones y mil caballos. Y porque los despachos anduviesen más descansados, permitieron al ejército viejo de Sicilia, que pues el invierno llegaba, fuesen á reposar á sus casas, con apercibimiento que despues al verano siguiente vendrian á la jornada de España donde satisfarian sus deseos en riquezas y todos los bienes posibles. Solamente sacaron del ejército viejo hasta nuevecientos peones y ciento de caballo, los que ménos ocupados parecian, para los enviar á la Andalucía de refresco, con informacion que hiciesen á los españoles sus confederados, y tambien á la gente cartaginesa que por esta nuestras partes residia, de las armadas y de los ejércitos que dejaban por allá basteciendo. Mandáronles más, que de camino recorriesen á Mallorca, donde si viesen aparejo quedase tal parte dellos, que sin recibir daño pudiesen ordenar alguna poblacion en que morasen de prestado hasta lo proveer más de propósito. Con este mandamiento, metidos aquellos novecientos africanos en cuatro navíos de carga, llegaron á dar vista sobre Mallorca. Salidos en tierra, comenzaron á recorrer el campo y á maltratar algunos mallorquines que podian haber á las manos, no lo debiendo hacer, segun condicion desta gente, que de su natural eran hombres pacíficos y pocas veces acometidos de naciones advenedizas, y ménos acostumbrados á semejantes bullicios. Visto, pues, el daño que los cartagineses hacian en ganados y pastos, y la licencia que tomaban á todas partes, apellidóse lo más de la isla, y á poco rato salieron los naturales de sus chozas y cuevas en suficiente multitud, armados de hondas y piedras, con que dieron tal rebato á los cartagineses, que despues de les haber muerto gran parte dellos, los demas huyeron á los navíos dentro de la mar. Tras los cuales iban los mallorquines á hondazos por el agua adelante, lanzando tan espantosa lluvia de piedras, y con tal fuerza y destreza, que las tablas de las fustas saltaban en rajadas, y mucha parte de los mástiles iba quebrado, las velas despedazadas, y generalmente los unos y los otros cubiertos de piedras. Los cartagineses levantaron presto sus áncoras, y comenzaron á desviarse de la ribera, metiéndose cuanto más dentro podian en la mar, donde no les alcanzasen los tiros de las hondas, con intencion, que pasada la furia tornarian allí para buscar alguna manera con

que satisfaciesen estos mallorquines y pudiesen quedar entre ellos.

Y verdaderamente se hiciera como lo creian, si la mar no se levantara luégo con mucha tormenta de vientos orientales, y sin poder hacer otra cosa, los cuatro navíos no se deramaron á diversas partes, el uno caminó contra Ibiza, donde halló buen reparo de los cartagineses que moraban en la isla; los otros dos navíos tiraron á lo largo, y aportaron en la costa de España, casi en la boca del Estrecho junto con Gibraltar, donde tambien fueron amparados de los españoles que por allí moraban. Y luégo pasaron á Cádiz y despues á Andalucía, y allí publicaron la venida de Amílcar el año siguiente con el aparejo que se quedaba recogiendo en Cartago, de lo cual todos mostraron mucho contentamiento. El otro cuartó navío corrió de traves con mayor peligro sobre la costa frontera de Monvedre. Y como las guardas que sus vecinos los saguntinos al presente traian por la ribera, lo vieron de lejos ántes que llegasen, reconocida la tormenta, saltaron ellos en sus barcas, y metidas á la mar, les ayudaron hasta que finalmente vinieron á tierra. Luégo lo hicieron saber á su ciudad que por esta sazón era pueblo muy principal en aquella provincia, muy rico, y muy bien gobernado con leyes justas y prudentes, y sobre todo muy reverenciado de los otros lugares comarcanos. Y dado que la poblacion estuviese desviada de la marina casi tres mil pasos dentro de la tierra, con ser aquella distancia pequeña, traian guardas en la costa, y trataban por la mar todo cuanto convenia para los provechos de su república. De manera que sabida la fortuna deste navío cartagines, mandaron que fuese bastecido de mantenimientos gratuitos y le diesen velas, betumes, cuerdas, madera, clavaron cuanta sería menester para su reparo. Esto hecho, como la mar hubo sosegado, tornaron los cartagineses al viaje del Andalucía. Donde llegados en salvamento se juntaron con sus compañeros, y con el otro navío de Ibiza que tambien pocos dias ántes era venido á Cádiz, con sobrado placer de todos cuando se vieron libres de tal peligro pasado.



CAPÍTULO XLIV.

Cómo vinieron avisos al Andalucía, que la flota cartaginesa no podría mover aquel año para residir en España por impedimentos que le sucedieron. Y cómo doce mil españoles pasaron en Sicilia para favorecer las competencias que Cartago por allí traía; sobre las cuales pelearon una batalla mucho cruel y peligrosa.

En todo el año siguiente la parcialidad cartaginesa que residia por el Andalucía, esperaba de hora en hora la venida del capitán Amílcar y de su flota, la cual certificaban todos los navíos de tratantes y mercaderes cuantos de Cartago venian en España, diciendo públicamente que ya no faltaban sino ciertos capitanes particulares que pasaron en Egipto y en Fenicia para tambien coger allá gente; los cuales habia mensaje que venian con muy buen aparejo para comenzar el viaje. Nadie de cuantos platicaban esto creian que fuera ménos, hasta que llegaron á Cádiz cuatro galeras crecidas de cinco remadores al banco, despachadas por esta Señoría cartaginesa, bastecidas de muchas armas y muchos vestidos y municion de toda suerte, con las cuales mandaban á sus factores residentes en el Andalucía que luégo recogiesen doce mil españoles, y los enviasen á Cartago cuanto más presto sería posible, porque la venida del capitán Amílcar ya no podia efectuarse.

La causa desto fué, que teniendo muy en orden todo lo necesario para la jornada, llegó cierto caballero siciliano, llamado Terillo, muy principal en una villa nombrada Hymera, despojado de cuanto poseia por otro caballero tirano llamado Teron, morador en un pueblo cerca de la mar, que decian Agrigento, nombrado por este nuestro tiempo Gergento. Perseguido y fatigado deste Teron venia Terillo, pidiendo favor á los cartagineses, prometiéndoles, que si les restituian á Hymera, la cual habia señoreado muchos años, daria camino con sus aficionados y parientes para que brevemente Cartago mandase toda la isla de Sicilia, pues ya tenia dentro lugares asaz populosos y fuertes. Era la plática tan al apetito de los cartagineses, que ninguna podia ser tanto; porque junto con la fertilidad y provecho de Sicilia, caiales tan cercana, que desde su postrera punta contra la parte oriental, nombrada en aquel tiempo Lylibeo, hasta la mesma ciudad de Cartago, no tasaban más espacio de ciento ochenta millas antiguas, que hacen cuarenta y cinco leguas españolas, repartiendo por cada legua nuestra cuatro de aquellas mi-

llas, ó segun cuenta Estrabon, habia mil y quinientos estadios de trecho del uno al otro, que fué vocablo de las distancias por donde los griegos antiguos median sus caminos, en que se monta poco más de ciento ochenta y siete millas de aquellas latinas, y tambien poco más de cuarenta y siete leguas de las nuestras, tomando en cada milla latina ocho estadios griegos, y por cada legua española de las medianas otros treinta y dos estadios. La color para dejar estos cartagineses la venida de España, pareció con aquel achaque legitima; pero los que mejor sentian el negocio, tuvieron por cierto que si Terillo no viniera de Sicilia con la demanda sobredicha, tampoco la flota cartaginesa moviera de su puerto, porque los ejércitos del rey Xerxes de Persia quedaban en Grecia con la más terrible pujanza de combatientes que nunca las gentes oyeron; y segun los cartagineses andaban apercibidos y recatados desde la primera nueva, tuvieron recelo que si Xerxes feneciese la conquista de Grecia, querria tambien dar en ellos, pues ya los años ántes el rey Darío su padre lo quiso tentar, como en los cuarenta y dos capítulos pasados apuntamos. Con esto vino muy propia la demanda del caballero siciliano para resistir á toda parte, si lo de Xerxes algo fuese. Y tambien parecia, si lo de Sicilia saliese verdad, que mejorarian mucho por allí sus cosas. En este punto los doce mil españoles fueron acabados de juntar en el Andalucía. Puestos en sus navíos llegaron á la gran Cartago, todos mancebos valientes, bien armados y dispuestos, tales, que cuantos allá los miraban conocieron ser ellos la principal fuerza del ejército cartagines, aunque se llegaron en él poco ménos de trescientos mil hombres entre africanos y españoles, y egipcianos y fenices. Nunca se halla la provincia de Cartago salir fuera de su ciudad con tanta multitud ni tan aparejada como salieron esta vez. Y venidos á Sicilia con el capitán Amílcar se les juntaron muchos pueblos de la isla, que tenian primero su parcialidad, y muchos otros tambien pusieron con ellos nuevas amistades, como suele suceder en semejantes negocios. Llegados comenzaron á trabar con los enemigos encuentros y peleas, que por la mayor parte fueron peligrosas y difíciles, á causa de un otro caballero siciliano llamado Gelon, adversario viejo de Cartago, que tenia tiranizada parte de la tierra, con el cual era confederado Teron el enemigo de Terillo. Pasados pocos dias, ambos juntos pelearon con Amílcar en una batalla campal muy porfiada y reñida, donde pereció gran copia de gente por ambas partes.

Al fin, los cartagineses quedaron vencidos



y sus banderas destrozadas, y Amílcar tan mal baratado, que despues de la rota nunca pareció ni muerto ni vivo. Desde allí se principiaron mortales enemistades entre Cartago y Teron todos los dias que vivió, y aun despues de su muerte pasaron los enojos á los vecinos de la villa de Agrigento, que como dije, llamamos agora Gergento, donde Teron fué señor. Las cuales discordias duraron largos años y siempre se dañaron los unos á los otros cuando podian, hasta que por discurso de tiempo los cartagineses con ayuda de España sojuzgaron este pueblo. Desta pelea siciliana hicimos aquí memoria, por causa de los doce mil andaluces españoles que se hallaron en ella, los cuales fenecieron allí casi todos. Y dado que se pudieran librar si dejáran las armas y se dieran á prision como los enemigos pedian, jamas lo pudieron acabar con ellos, puesto que los más de sus compañeros eran ya muertos, y vian todas las otras banderas de su parte metidas en huida sin remedio. Lo cual todo como dicho es aconteció dentro del año de cuatrocientos y setenta y ocho, ántes que Nuestro Señor Jesucristo naciese; en aquel mesmo dia que la flota de los griegos hubo tambien otra batalla de mar con el armada del rey Xerxes, cerca de un puerto llamado Salamina, que fué de las notables peleas deste tiempo. Tambien pocos dias ántes Leónidas, el capitán griego de Lacedemonia, determinando morir por la defension de su patria, con solos cuatro mil hombres de su ciudad, se puso en un paso llamado las Termópilas contra la multitud que Xerxes llevaba por tierra, donde venian un cuento y cien mil hombres de guerra, segun escribe Trogo Pompeyo, que es el autor más limitado en el número desta gente. Y dado que Leónidas y toda su compañía murieron allí, mataron muchos contrarios, y con el daño que les hicieron y con el impedimento de no dejarlos pasar tan adelante como convenia, fué causa que despues todo lo más del ejército persiano tan espantoso y terrible saliese casi huyendo de Grecia desbaratados y deshechos.

CAPÍTULO XLV.

De la nueva provision hecha en España por la Señoría cartaginesa para conservar su contratacion entre los andaluces, y de las abominables devociones y sacrificios que los tales cartagineses trajeron acá, sacando sangre de los cuerpos humanos para complacer á sus demonios.

Tales eran los acontecimientos y hazañas que pasaron aquellos dias en España y fuera

della; mas la pérdida de los andaluces en Sicilia fué cosa tan calificada, que la Señoría cartaginesa temió gravemente que de tal vencimiento, segun era grande, no sucediesen algunas mudanzas y turbaciones en todos sus estados. Entre los muchos remedios que proveyó fué uno, que sacaron á la hora del cuerpo de su mesma ciudad hasta quinientos hombres, en que pusieron muchos varones de cuenta, y los enviaron en España lo más prestamente que fué posible. Llegados acá, juntáronse con los otros cartagineses sus naturales residentes en el Andalucía, para comunicar unos con otros el intento de lo que convenia hacerse. Despues de bien consultado repartieron entre sí las estancias en que sería bien residir. Unos acudieron á los puertos de la mar, otros á los mineros que poseian dentro de la tierra y á las fortalezas que cerca dellos tenian edificadas, otros vinieron á la isla de Cádiz. Y aquí cargaron más de propósito con más número de gentes, recelando las malas voluntades que siempre conocieron en los vecinos della.

Con lo cual y con el gran recaudo que pusieron nadie pudo moverse, ni lo probó. Muchos otros se dividieron por las isletas que solian estar en aquella comarca, de quien ya dimos cuenta por algunos capitulos pasados deste segundo libro, donde tambien tenian aquellos cartagineses algunas inteligencias y confederaciones. Los navíos eso mesmo que trajeron, despacháronlos presto, para que volbiesen á Cartago muy llenos y cargados de plata y oro, con que fueron acrecentados los tesoros de la Señoría demasidamente con infinito reparo de los gastos excesivos que las guerras pasadas hubieron hecho. Quisieran otrosí los cartagineses recién venidos á la revuelta de todos aquellos negocios, trocar las malas nuevas que traian en otras no tales, publicando siempre entre los andaluces, y por entre cuantos hablablan con ellos, que su capitán Amílcar habia ganado la batalla de Sicilia, y que todos sus ejércitos quedaban allá prósperos, y los españoles muy ricos y muy contentos. Pero como semejantes acontecimientos no se puedan encubrir, súpose presto lo cierto dello; mas no por eso recreció mudanza ni turbacion en las cosas que Cartago tenia por acá. Los turdetanos les ofrecieron de nuevo socorros y favores para se vengar, ó para tornar á Sicilia, ó para lo que más les agradase. Lo cual mostraron estos cartagineses agradecer mucho, haciéndolo saber á su ciudad con mensajeros propios y particulares. Pero los negocios estaban á la sazón enconados, y no proveyeron lo que quisieran por algunos años.



En este medio tiempo los andaluces se dieron tanto á la conversacion destos cartagineses africanos, que tomaron dellos muchas costumbres y modos de vivir diversas de las que primero tenian. Recibieron eso mesmo de sus sacerdotes ciertos nombres y figuras nuevas de ídolos, y cierta cerimonia de sacrificios con que los adorasen. Otras tambien que ya los dias ántes hacian, como quiera que no muy continas, comenzaron á se publicar y recibir en toda parte, donde se contenia la manera de sacrificar hombres á los demonios, y derramar sangre humana para los aplacar. Y cuando la cerimonia querian que fuese muy subida, sacrificaban sus mesmos hijos pequeños, muchas veces los primogénitos ó los más hermosos que tenian. Y porque más aquellas maldades quedasen arraigadas entre la gente simple de España, sucedieron algunos tiempos trabajosos de pestilencias con otras enfermedades graves, en que falleció multitud de hombres, para lo cual certificaban los de Cartago, ser el mejor y más alto remedio de todos hacer aquel sacrificio de los hombres humanos. En otros peligros menores, decian que bastaba derramar

esta sangre sin muerte, sajiéndose los brazos ó los hombros, ó cierta parte de sus cuerpos. Y que para las devociones más livianas, convenia sangre de becerros, ó de toros, ó de castrones, ó de los otros animales que mataban, segun la calidad del sacrificio, y segun la costumbre que las gentes usaban en aquella devocion infernal.

En esto, como digo, y en obras semejantes se pasaron algunos años, que cuanto á los negocios no sucedió novedad ni mudanza, ó por mejor decir, las historias no dan relacion de cosa notable que los cartagineses en España hiciesen ni tentasen, más de que continuamente venian sus tratantes y mercaderes particulares con atavíos y herramientas, y con otros aparejos que los andaluces no tenian, á trueco de los cuales como si fueran cosa muy preciosa, sacaban dellos grandes intereses de metales y pedrería rica, hierro, caballos, acero, lanas, frutas, pescados salados, y mucha diversidad de mercaderías importantes, sobre las que por otra vía los mesmos cartagineses tenían usurpadas en lo mejor y más precioso de aquellas provincias.